

**MATILDE ALBERT ROBATTO:**  
*FEDERICO DE ONÍS: CARTAS CON EL EXILIO*<sup>1</sup>

Hoy vengo a cumplir, gozosa, una promesa. Cuando Matilde Albert Robatto —mi queridísima Mati— se estrenó como Directora del Seminario Federico de Onís (gestión que cumplió de manera ejemplar, y por la que aún le estamos en deuda), un día se me acercó para compartir conmigo algunas de las maravillas del epistolario de don Federico, que obra en los archivos de este venerable centro de investigación. Recuerdo que la animé entonces a escribir un libro sobre el tema que tanto conocía, prometiéndole presentárselo. Aquí está el libro, su edición anotada de *Federico de Onís: cartas con el exilio*, publicado por Edicios do Castro en el 2003. Y esta tarde tengo la alegría de cumplir la promesa que Matilde nunca olvidó. Alegría, por razones varias. La primera, que se trata de un libro hermoso, una aportación invaluable a la bibliografía crítica de Onís y de sus colegas del exilio. La segunda, porque admiro cada vez más a su autora, mujer polifacética que reúne las dotes de poeta, crítica, maestra, investigadora, administradora, entrevistadora, colaboradora en programas televisivos de difusión cultural y Amiga con mayúsculas. Sin olvidarnos de su labor más importante: la de exitosa madre; con sólo mencionar a dos colegas admirados, Luis y Enrique Rosario Albert, ya sabemos por qué. La tercera, porque don Federico fue para mí un maestro inolvidable, aquí, en esta sala cuya mística irradia la nostalgia presidida por el poderoso busto que esculpiera de su efigie el maestro Compostela.

Aquí —y permítaseme por un momento evocar a don Federico— le oí sus lecciones magistrales sobre el *Quijote*. Aquí conocí sus regaños épicos —"Usted no sabe nada", nos solía decir (conste, que democráticamente, a todos sus alumnos)—, poniéndonos el índice en la asustada nariz. Aquí también viví su ternura, cuando como un niño tímido se me acercaba al verme calladita, investigando en una de las mesas del Seminario. Yo escribía mi tesis de maestría sobre *Fortunata y Jacinta*. El no me decía nada, sólo sonreía, de pie, junto a mí. Era un rito: entonces me tocaba a mí decirle: "Don Federico, por qué no se sienta conmigo?". Inmediatamente se instalaba a mi lado. Y comenzaba a leer en su voz rotunda sus pasajes preferidos de la novela, subrayándolos con una fruición tan feroz, que su lápiz rojo, boto y todo, perforó para siempre las páginas de la edición de Aguilar que aún conservo. En este momento de recordación de don Federico, y para que las generaciones más jóvenes calibren la generosidad de su legado, vale recordar que en 1934 puso en pie de igualdad

---

<sup>1</sup> Presentación del libro *Federico de Onís: cartas con el exilio* el 28 de abril de 2004 en el Seminario de Estudios Hispánicos Federico de Onís, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

la poesía española y la poesía hispanoamericana, al publicar una *Antología* pionera que incluía poemas de las dos orillas de la cultura hispánica. Por cierto que entre ellos había algunos de nuestro Luis Palés Matos, quien comenzó de la mano de Onís su temprana internacionalización.

*Federico de Onís: cartas con el exilio* contiene el epistolario inédito entre Onís y Antonio Machado, José y Joaquín Machado, Zenobia Camprubí, Juan Ramón Jiménez, Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro. Sólo nombrar a estas figuras, y notar que se trata de cartas inéditas, nos da una idea clara de la importancia del libro. Pero hay más: son tanto cartas de Onís a sus colegas, como de las respuestas de éstos, o viceversa; de manera que el texto tiene un impresionante sabor de diálogo. Luego están las notas, de una erudición admirable (recordemos que Matilde dirigió en esta Universidad, con gran éxito, un congreso sobre el exilio); notas tan amenas como oportunas. El material gráfico es muy rico: fotos de Onís en diversas etapas de su vida, la foto de Compostela esculpiendo su busto, cartas y postales tanto hológrafas como mecanografiadas de don Federico y sus distinguidísimos interlocutores, fotos de éstos, así como de algunas de las autoridades universitarias de la época, como el ya legendario Pedreira y don Sebastián González García.

Lo que quisiera hacer hoy aquí es compartir con ustedes mi experiencia de lectora. Porque disfruté tanto como aprendí del libro que nos ocupa. Más allá de mi amor por la literatura, siempre he tenido una especial predilección por esa categoría íntima de la escritura, poblada de diarios y epistolarios. Porque estos géneros menores por privados son los que nos dan, viva y palpitante, la intrahistoria de una época. Destaco, pues, algunos de los momentos de esta edición que atesoro como lectora.

De entrada, el confirmar la bondad extratextual de Antonio Machado (ya conocíamos su bondad literaria, desde su famoso poema "Retrato") en cartas en que le ofrece a Onís todo cuanto ha escrito para las colecciones literarias que decida publicar en los Estados Unidos, concediéndole libertad absoluta para elegir, y sin pedir nada a cambio. También ví de cerca la lealtad de Onís en la amistad, cuando intenta recuperar la de Juan Ramón, en un momento de alejamiento achacado con ejemplar sentido común por Zenobia al hecho de que eran "dos calamidades para escribir". Incluso su ternura: "Entre usted y yo" —le dice don Federico— ha habido en un día no muy lejano la relación más pura que puede haber entre dos hombres. Valía la pena vivir entonces". Juan Ramón respondió, y, como Machado, le dio un amplio permiso para publicar sus poemas. Una hermosa sorpresa que nos depara el epistolario es conocer la admiración que expresa Américo Castro en carta de 1928 por la entonces jovencísima *Revista de Estudios Hispánicos*, a la que llama "magnífica", así como por un ensayo de Pedreira incluido en ella. Pero los temas literarios se entreveran con cuestiones humanas: a la fugaz riña con Juan Ramón se añaden temas como el de la precaria situación económica de éste y Zenobia, que la obliga a ella a encargarse de alquilar pisos amueblados en el Madrid de 1923.

También la anécdota humorística del montaje de una foto, una visión gringa de Juan Ramón, con capa y sombrero, a lomos de Platero, ridiculez sublime cuya publicación en un libro de la editora norteamericana Heath and Co. Onís evitó. Una pena para los que amamos lo cursi. Por otra parte, las cartas más tempranas de Onís muestran la admiración que sentía por la nación americana. En una carta de 1918 expresa un optimismo que lamentablemente hoy sería impensable: “creo sinceramente que los Estados Unidos ofrecen ahora uno de los ejemplos más admirables de energía, de eficacia, de serenidad, y de fuerza ideal que la humanidad haya nunca dado”.

Ahora bien, no hay duda de que la tragedia del exilio es el gran tema del epistolario. Sobre ello, don Federico le dice a Américo Castro que “tenemos que estar más unidos que nunca”, y que está “aplastado moralmente por el triste destino de nuestra patria”. No son palabras vanas: también vemos en estas cartas a Onís tratando de ayudar a sus colegas del exilio. Es el caso de Sánchez Albornoz, a quien intenta conseguirle una cátedra en los Estados Unidos.

Las notas de Matilde al epistolario —son más de cincuenta páginas— iluminan diversas facetas del exilio, y, contrario a lo que puede esperarse del aparato erudito de un libro, trascienden la función complementaria para constituirse en parte, no sólo fundamental, sino apasionante, de éste. Estas notas nos ofrecen testimonios imprescindibles para conocer mejor a los autores del epistolario y para ahondar en la problemática del exilio. A veces son pasajes que provienen de cartas aún inéditas de Onís; en ocasiones se trata de otras fuentes. Como en las bodas de Caná, Matilde ha reservado algunos de los testimonios más conmovedores del Maestro para el final.

En las notas conocemos mejor la admiración de don Federico por Antonio Machado como poeta, a través de una cita de la Introducción que Onís escribe al número de la revista *La Torre* en homenaje al autor de *Campos de Castilla*. Don Federico singulariza a esta figura emblemática de “la España peregrina”, como la llama Matilde, no por tener amistad estrecha con él, sino por “hacer constar mi preferencia personal, mi predilección por su poesía, que es la que sentía más cerca de mí. [...] lo que distingue a Machado de todos los poetas contemporáneos y al mismo tiempo le une aun con los más dispares, es que su poesía sea, en mayor grado que la de ningún otro, total e integral. Esto, unido al hecho de su pobreza en elementos percederos y su limitación a los humanos y eternos, hará que sea sin duda el que, pasada esta época, menos envejecerá”. Podemos entender desde las notas las razones que movieron a Onís a permanecer durante décadas en los Estados Unidos. Durante los primeros años de su estadía allí como joven profesor, solía ir anualmente a España. La guerra civil acabó con estos viajes. El mismo Onís lo explica: “Yo estuve claramente con la República y soy partidario de la República vencida [...] Pero, como no estaba dispuesto a matar españoles, dejé de ir”. Las notas también incluyen el testimonio de Américo Castro sobre el mismo tema: “Como es natural no podré vivir en España ni con la anarquía sangrienta de hoy, ni con lo que venga después”.

Hay mucho más de interés, pero quisiera cerrar estas palabras aludiendo a dos momentos de las notas que me resultan emblemáticos. Se trata de dos testimonios, uno de Onís, otro de Matilde. Ambos, declaraciones de amor por la cultura hispánica. El de don Federico afirma su admiración por el quehacer cultural de la América morena, al decirle a Gabriela Mistral sobre los emigrantes españoles lo siguiente: “considero deseable que vayan a Hispanoamérica preferiblemente todos los que puedan encontrar acogida allí. Así esta emigración de intelectuales puede servir para que los españoles empiecen a conocer América y salgan de su aislamiento, que tanto daño nos ha hecho a todos”. Por su parte, el testimonio de Matilde trasluce su respeto por la labor del Maestro en la Hispanic House de Nueva York, así como su dolor ante el deterioro de lo que fuera un importante centro documental: “Es lamentable que se pierda la labor y el legado de toda una vida dedicada a dar a conocer los valores de la cultura hispánica en los Estados Unidos; es lamentable también que en la propia España, en Hispanoamérica y en los Estados Unidos haya universitarios, profesores, gente relacionada con los departamentos de lengua y literatura hispánica que ignoran que fue Federico de Onís quien, en los Estados Unidos, rompió barreras para que se reconociera y se le diera el lugar que corresponde a la lengua y la literatura hispanoamericanas”. En estas notas, en las que la editora de las cartas, Matilde Albert Robatto, se hermana con el Maestro Onís, tenemos una lección ética de compromiso con la cultura hispánica. Una cultura a la que ambos han servido desde la más alta generosidad: la de tender puentes entre sus dos orillas.

*Mercedes López-Baralt*  
*Universidad de Puerto Rico*  
*Recinto de Río Piedras*